

# La reforma en la URSS y en el Este de Europa

JAVIER TUSELL

**S**IN duda lo que está sucediendo en el Este de Europa desde 1985 es un acontecimiento inédito en la Historia que puede tener una influencia decisiva en el porvenir de la Humanidad. Por vez primera unos países caracterizados por la mineralización de sus instituciones, inasequibles al cambio e impermeables a la fuerza transformadora de la Sociedad, dan la sensación de moverse hacia un cambio cuyos límites permanecen imprecisos. La importancia que ese camfoio pueda llegar a tener para la vida de cada uno de los seres humanos es decisiva: va a suponer no sólo el aumento de la tolerancia (y, por lo tanto, un mínimo respeto de los derechos de la persona), sino también la amortiguación en Occidente de los gastos de defensa y, por lo tanto, la posibilidad de dirigirlos a combatir el hambre y el subdesarrollo del mundo. En consecuencia, hay motivos para observar con apasionamiento, pero también con rigor, cuanto acontece en aquellas latitudes. El problema más grave para el observador es que sociedades tan poco transparentes como éstas no favorecen la emisión de un juicio con absolutas garantías de solvencia. Hay además una dificultad accesoría. Robespierre dijo que «una semana en la vida de una revolución es a menudo más rica en acontecimientos históricos que un año en tiempos normales». No es seguro que cuanto acontece en el Este de Europa sea verdaderamente una revolución, pero la frase vale en el sentido de que cuanto está sucediendo ahora mismo parece sujeto a un perpetuo cambio y, por lo tanto, da la sensación de que no puede emitirse un juicio definitivo; es una de esas ocasiones, además, en las que existe una aceleración de la Historia que contribuye a dificultarlo.

Por supuesto cuanto acontece en los países del Este tiene como principal punto de referencia a la Unión Soviética y, en un porcentaje muy elevado, lo que suceda allí tendrá su explicación en el destino de la reforma rusa. Es obvio, sin embargo, que existe una enorme diferencia entre un país como Polonia y la URSS. Una breve ojeada acerca de los procesos en ambos países, superando las anécdotas diarias, nos lo demuestra de forma inequívoca.

Polonia, por su peso demográfico\*» es un factor decisivo en la evolución de la Europa del Este, pero, sobre todo, se trata de una sociedad ajena al mundo del totalitarismo soviético en la que la operación de imponerlo fue, según el famoso dicho de Stalin,

\* Barcelona, 1945. Catedrático de Historia Contemporánea.

comparable a «ensillar una vaca». La sociedad polaca ha sido capaz de sobrevivir a la implantación del totalitarismo y tiene conseguido el pluralismo sindical desde hace casi una decena de años. Lo sucedido en los últimos tiempos ha sido que, después de intentar repetidamente la sumisión de *Solidaridad*, el régimen se ha dado cuenta de que necesitaba su colaboración para cualquier tipo de política económica que permitiera la subsistencia del país y fuera capaz de enfrentarse con una práctica bancarrota económica. Los dirigentes comunistas no han ocultado que su propósito era que, incorporando *Solidaridad* a la vida legal, se comprometiera en la ejecución de medidas impopulares y contribuyera además al control de la movilización popular. Los dirigentes comunistas no pretendían ni pretenden llegar a una democracia liberal, sino integrar la discrepancia de una Sociedad a través de una oposición controlada, como el régimen lo hizo en sus fases iniciales a la altura de 1945, a través de «partidos pequeños» que en realidad actuaban en función de su condición de satélites. El sistema mediante el cual se produciría esa integración sería un complicado procedimiento, que curiosamente tiene paralelismos con el régimen de sufragio censitario. Mientras que en una de las Cámaras el sufragio universal contaba completamente, en la otra tan sólo aproximadamente un tercio de los puestos podían ser elegidos por sufragio y con verdadera competitividad. El sistema, en definitiva, había sido pensado para que fuera imprescindible una colaboración pacífica entre la Sociedad y el Estado comunista. El grave inconveniente que ha demostrado tener este procedimiento es que nada más dejada la Sociedad en cierta libertad (ni la Televisión ni la Radio han dejado de estar controladas por el Gobierno), el peso abrumador de la actitud anticomunista se ha demostrado en las urnas. En la transición española era la propia imposibilidad de que el régimen se impusiera a la oposición o viceversa lo que contribuyó al acuerdo pacífico. El problema en Polonia es que no pueden pactar quienes tienen fuerzas tan absolutamente desiguales; de ahí, la autocontención de *Solidaridad* después de la consulta electoral. Hay, sin embargo, otro rasgo que merece la pena recalcar. Los dirigentes de *Solidaridad* tienen una idea muy clara de cuál es su situación y sus perspectivas. Saben, por ejemplo, que sus posibilidades son escasas porque lo normal y lo habitual sería el fracaso y el empleo de la violencia por sus adversarios. Saben que lo que están tratando de llevar a cabo es una «revolución antitotalitaria», en palabras de Michnik, es decir, el desmontaje, por vez primera en la Historia, de un sistema en el que la Sociedad depende del Estado y no el Estado de la Sociedad. Han conseguido que por fin algo dependa de los ciudadanos y piensan que alguna oportunidad, por lo menos, tiene una transición pacífica como la que en otro tiempo se llevó a cabo en España. Pero esta eventualidad, que exige infinita prudencia, está lejos de parecer inmediata aunque el objetivo sea preciso.

Si bien se mira lo acontecido en la Unión Soviética, aunque también haya consistido en una consulta electoral, resulta diferente. En la Unión Soviética no existe esa sensación de que una Sociedad Civil ha sobrevivido a la imposición de un Estado totalitario: o bien fue eliminada, o bien está naciendo ahora por vez primera.

## **LA EXPERIENCIA POLACA**

**ENFRENTAMIENTO  
EN EL SENO  
DE LA CLASE  
POLÍTICA**

El sistema político, por su parte, queriendo mantener una participación controlada para reformar la Sociedad soviética, teme claramente la movilización, sobre todo fuera de los cauces admitidos desde el Estado, y no está dispuesto a aceptar un pluralismo de disidencia. En ningún momento se ha planteado desde instancias oficiales la admisión de un pluralismo social generalizado; cuando Gorbachov habla de consenso lo hace atribuyéndose él la condición de arbitro y de engendrador del mismo. Es cierto que hay regiones en donde el impulso social parece actuar al margen de la voluntad del Estado: son aquellas zonas más vinculadas con la cultura Occidental, como los países bálticos, o aquellas otras de un sentimiento nacionalista más marcado. Sin embargo, unas y otras representan un problema más que una situación vista con buenos ojos desde el poder político.

La consulta electoral fue, sin duda, la más auténtica desde la etapa revolucionaria, pero eso no quiere decir ni mucho menos que lo fuera mucho. Hay que tener en cuenta las condiciones legales en las que se realizó y el resultado práctico de la misma. La impresión que se extrae de esa consulta es que lo que está en juego es un enfrentamiento en el seno de la clase política del régimen entre un sector modernizador y otro retardatario, pero no entre la Sociedad y el Estado. Por eso los candidatos fueron sometidos a una previa preselección y algunos de los más avanzados sufrieron muchas dificultades para poder ser presentados ante el elector. Además, casi un tercio de los escaños que debían ser atribuidos por sufragio universal no presenciaron lucha. Es significativo también que algunos de los candidatos más progresistas procedieran de ese tercio de escaso reservado a la representación de las organizaciones (desde los ecologistas hasta los coleccionistas de sellos), que dieron por un tiempo al sistema soviético una curiosa imagen cooperativista. Si bien se mira, el resultado de la consulta fue el previsible. Quizá hasta un tercio de los dirigentes del partido fueron censurados por los ciudadanos, pero eso, más que una derrota del sistema, fue juzgado como una muestra de inhabilidad para actuar con los nuevos métodos por parte de la clase dirigente. Hay una distancia abismal entre lo que se dice de él fuera y lo que es realmente Eltsin en la Unión Soviética. Eltsin no es un socialde-mócrata reformista, sino un comunista populista que utiliza el lenguaje del partido para atacar a los sectores más conservadores, que llega en coche oficial a los mítines y que juzga que la democracia occidental, como él mismo ha dicho, está dominada por «mafias», lo que según él no sucedería en el sistema soviético sino muy parcialmente y como error subsanable.

La reunión del Congreso de los Diputados (en los meses de mayo y junio pasados) demuestra hasta qué punto, incluso partiendo de esas bases, un sistema como el soviético que se entreabre ligeramente de modo inmediato da la sensación de resquebrajarse. El rasgo más característico de la reunión del Congreso de los Diputados fue que originariamente estaba pensada para tener una duración de tres días, pero luego duró cuatro veces más y se convirtió en una especie de foro agitado, impaciente y crítico que se dedicó de forma sistemática a ejercer una crítica generalizada y

básicamente poco constructiva acerca de la situación del país. No se sabe qué sorprende más, si la imprevisión de los dirigentes soviéticos o la sensación de irresponsabilidad de los miembros del Congreso, en el sentido de que parecían estar contra todo pero ser incapaces de dar soluciones a nada. Si los dirigentes de *Solidaridad* dan la sensación de saber cuál es su destino final, éste, desde luego, no es el caso de la dirección política soviética. Corbachov ha demostrado su capacidad de brillante improvisador e incluso de parlamentario eficaz, pero da la sensación de estar traduciendo a la situación soviética aquella famosa divisa de Napoleón: «On s'engage et puis on voit». Es obvio que la estrategia de lanzarse a ver qué sucede puede ser extremadamente peligrosa sobre todo cuando se responde a ella, por parte de una clase política poco habituada a las formas parlamentarias, mediante una especie de psicodrama revelador de la crisis pero incapaz de solventarla. Es posible ver en la reunión del Congreso de los Diputados el emerger de la soberanía nacional, el comienzo del pluralismo o el aprendizaje del parlamentarismo, pero también una conmoción, que no necesariamente ha de concluir bien en el seno de un régimen que desea reformarse pero que incluso sus dirigentes no parecen tener claro en qué sentido ni por qué procedimiento. Entre los miembros del Congreso había un tercio conservador nacionalista y opuesto al cambio y otro tecnocrático, anticentralista y con un genérico deseo de reforma adjetiva y por pasos pero, incluso, el tercio considerado como más progresista da la misma sensación de perplejidad. Hay quien en su seno, como es el caso de Sajarov, defiende una posición semejante a la del centro-izquierda europeo, pero hay puros populistas, como es el caso de Eltsin o personas que traducen ese «nuevo pensamiento» que ha patrocinado Gorbachov en una genérica síntesis de valores de civilización y de cultura, sin que se planteen verdaderamente a fondo el cambio en la legitimación del sistema político en tránsito hacia una fórmula democrática. Desde el punto de vista del autor de este artículo, lo más positivo de la reunión del Congreso, de los Diputados fue el hecho de que se llevara a cabo, lo que testimonia la voluntad del sector reformista, y lo más negativo la reacción final hecha de patriotismo y militarismo cuando Sajarov criticó la presencia soviética en Afganistán.

En un artículo publicado por el semanario británico *The Eco-nomist* a finales del año pasado, se distinguía entre dos Gorbachov: uno sería aquél que obtiene repetidos éxitos en el Mundo Occidental, mientras que el otro sigue siendo el que se encuentra con dificultades crecientes en el seno de la Unión Soviética. Este desdoblamiento fue visto por los propios miembros del Congreso de los Diputados que alabaron los éxitos de Gorbachov en el exterior, pero revelaron las insuficiencias y errores en el interior. Incluso el propio dirigente soviético da la sensación de practicar esta duplicidad: en el interior de su país pide repetidamente que se tenga confianza en él y llama a sus partidarios en contra de un adversario omnipresente y peligroso; en cambio, en el exterior repite incansablemente que las reformas son irreversibles y parece

**LAS DOS CARAS  
DE  
GORBACHOV**

ser creído por la opinión pública occidental deseosa de que ese cambio, tantas veces prometido, se convierta ahora en realidad.

En realidad, esta distinción entre el Gorbachov que actúa en el exterior, donde obtiene buenos éxitos, y el dirigente de una Unión Soviética en grave crisis irresuelta permite establecer, en junio de 1989, un balance de por dónde va a estas alturas la *Perestroika*.

Ha sido en política exterior donde Gorbachov ha conseguido sus grandes éxitos. En realidad, se puede decir que hasta el momento ha resultado «un mago de la diplomacia de repliegue»: ha conseguido que un país en una gravísima situación mantenga sus posiciones en el mundo e incluso obtenga victorias respecto de la opinión pública occidental, en un momento en que tendría que ser patente la crisis radical del sistema comunista. Lo paradójico del caso es que Gorbachov ha hecho poca crítica del pasado de esa política exterior soviética y que, además, practica una idéntica megalomanía sobre el papel de la Unión Soviética en el mundo. A cambio, ha introducido mutaciones que todavía no son esenciales en la estrategia militar soviética, que, por vez primera en la Historia, ha pasado a ser defensiva. Es cierto que a la Unión Soviética no le queda más remedio que restringir sus gastos militares y que, además, los dirigentes civiles tienen la sensación de que los profesionales del ejército gastan demasiado y mal. Es cierto, también, que se ha producido una autocontención y que por vez primera la Unión Soviética parece deseosa de mejorar las relaciones con el Mundo Occidental, ha tratado de evitar los conflictos regionales y periféricos. En todo ello se ha progresado considerablemente. Sin embargo, es cierto también que gran parte de la retórica de Gorbachov por los problemas mundiales ha consistido simplemente, de acuerdo con la frase de Kissinger, en inundar el proceso de decisiones del Mundo Occidental con una avalancha de propuestas que sólo en parte son serias y en gran medida resultan tan sólo pura propaganda. Parece indudable que la Unión Soviética no se plantea en un plazo corto de tiempo la posibilidad de una nueva expansión, pero no lo es menos que no ha retrocedido de ninguna de sus posiciones, ni siquiera de aquellas que no revisten para ella verdadera importancia estratégica: ni se ha producido una democratización del régimen sandinista en Nicaragua, ni el abandono por parte del ejército soviético de Afganistán ha concluido en la desaparición de un régimen satélite. En cambio, Gorbachov ha conseguido, aparentemente, convencer a parte de los sectores de opinión del Mundo Occidental de que afirmaciones propagandísticas realizadas por él tienen verdadera entidad como programa político. Su famosa afirmación de que es necesario construir una «casa común» europea, resulta, desde mi punto de vista, no sólo insustancial, sino peligrosa. La «casa común» puede convertirse en una «dacha», pero, sobre todo, carece de cualquier sentido mientras que el dirigente soviético pretenda no modificar la fundamentación de su sistema político, como ha afirmado semanas pasadas en el Consejo de Europa. A cambio, tiene para los países democráticos occidentales el grave peligro de alejarlos de los Estados Unidos.

En Occidente se viene repitiendo desde hace meses que Gorbachov significa «el final de la guerra fría»; incluso en las recientes

elecciones europeas ha habido un candidato español que ha asegurado que, visto lo que está sucediendo en la Unión Soviética, no tiene sentido la permanencia en la OTAN. Pero si la guerra fría verdaderamente tuvo alguna significación como expresión, hay que recordar que la situación no se ha modificado sustancialmente: sigue habiendo una diferencia sustancial de regímenes que es la que hace inevitable las tensiones internacionales y la sensación de que puede llegar un momento, aunque ahora nos parezca muy remoto, de que bordeemos una guerra mundial. En gran medida, el problema sobre Gorbachov reside en la opinión pública occidental y sus reacciones ante los sucesos soviéticos. Era imaginable que los comunistas, cada vez menos significativos en el mundo occidental, reaccionaran como lo han hecho: han pretendido que les corresponde a ellos ajustar cuentas con el pasado histórico de la Unión Soviética y han querido justificar la existencia de un régimen como el de la URSS por las supuestas desigualdades económicas existentes entre el Tercer Mundo y el mundo desarrollado. Era previsible, también, la complacencia de la derecha más extrema frente al terremoto de la Unión Soviética. Pero es menos previsible y resulta intelectualmente injustificable lo que viene a ser la reacción mayoritaria de la opinión pública occidental. A fin de cuentas, el Muro de Berlín tenía para ella una ventaja: parecía justificar la ausencia radical de una política con respecto al mundo del Este Europeo. El inconveniente es que, producidos los cambios introducidos por la *Perestroika*, ahora la opinión pública occidental siente la vaga sensación de estar obligada a ayudar a Gorbachov. Ahora bien, esta pretensión es tan difícil de precisar como de llevar a cabo. Si la ayuda occidental solventara todos los problemas de la Unión Soviética, eso evitaría la necesidad de reformas políticas; por eso esta especie de estrategia filantrópica no tiene otro resultado que el de introducir un sentimentalismo vacío que se traduce en la práctica por conceder doctorados «Honoris Causa» al dirigente soviético y olvidar que en el país que él administra se disuelven las manifestaciones con gases venenosos. De todos los modos, en el Mundo Occidental en los últimos meses da la sensación de que amanece una política nueva que podría ser definida, en los términos en los que lo ha hecho Kissinger y el llamado manifiesto de las mil palabras suscrito por alguno de los más significados inspiradores de la reforma en Polonia y Hungría. La estrategia de lo que se ha denominado *Yalta II* significa ayudar al cambio hacia el pluralismo en Hungría y Polonia, es decir, aquellos países del Este de Europa que están más próximos a él y parecen mostrar mejores capacidades para llevarlo a cabo. Esa política no habría de significar una provocación a los soviéticos ni tan siquiera un cambio en la adscripción al Pacto de Varsovia de esos países, pero sí una transformación social radical que sería instrumentada a través de la ayuda económica.

Es precisamente en la economía en donde el «otro» Gorbachov tiene mayores problemas. La *Perestroika* fue originada por la crisis económica y es más que probable que el destino de las reformas de Gorbachov esté estrechamente vinculado a la evolución de la economía soviética. A este respecto hay que decir que el diag-

**LOS MAYORES  
PROBLEMAS  
DE  
GORBACHOV**

nóstico es unánime incluso entre los partidarios de Gorbachov en la propia Unión Soviética: «Estamos peor que antes», dicen, y las cifras lo prueban. En el último año el crecimiento no ha superado el 1,5 por 100 y ha sido además compatible con un descenso en la producción agrícola. El sistema funciona pésimamente, hasta el extremo de que hace un año se daban las siguientes paradojas: el primer productor de petróleo del mundo tenía dificultades de aprovisionar a sus ciudadanos de gasolina a tan sólo unas decenas de kilómetros de Moscú; el primer productor de azúcar veía racionado este producto de primera necesidad, y un país en que se cosechan más patatas que en EE.UU. y Europa Occidental unidas, presencia cómo la mitad de la cosecha se pudre antes de llegar al consumidor. Es éste el menos beneficiado por la *Perestroika* porque no ha podido recibir en su dieta una mejora mínima de la situación precedente sino, por el contrario, un empeoramiento. Esto ha venido acompañado por la inflación y por un fuerte déficit que va a suponer en el futuro un recorte de las inversiones industriales. Pero, con ser esta situación mala, todavía hay otros indicios peores. La realidad de la «Perestroika económica» es que muchas de las reformas iniciadas han fracasado, otras decisivas no han sido emprendidas y en el momento actual el propio poder parece desorientado respecto del rumbo a seguir. La Ley de Empresas estatales ha resultado un fracaso y a las Cooperativas se les ha atribuido un exceso de éxito que ha hecho aumentar los impuestos sobre ellas y los controles, al mismo tiempo que se reducía su posible campo de acción (evitando por ejemplo la edición de libros). No se ha planteado ni tan siquiera la reforma del sistema de precios o la convertibilidad del rublo, ni parece que cualquier supuesta ayuda económica occidental pueda contribuir a resolver de manera satisfactoria los gravísimos problemas que la Unión Soviética tiene en estos momentos, a menos a corto plazo. Así se explica el pesimismo de Sajarov y la sensación de perplejidad de la dirección soviética actual. Por supuesto, el más grave inconveniente consiste en que el problema económico influye sobre los restantes de una manera decisiva.

### **TENSIONES NACIONALISTAS**

En efecto, en un sistema como el soviético, inevitablemente las demandas de las distintas regiones sobre el reparto del presupuesto estatal se traducen en mayores tensiones nacionalistas. Para la dirección soviética esta cuestión ha estallado súbitamente, mientras que el problema económico lo conocía desde antes y por eso fue el engendrador de la «*Perestroika*». Los repetidos llamamientos de Gorbachov a la convivencia o el empleo de procedimientos claramente inaceptables desde el punto de vista occidental, no han conseguido detener la espiral de reivindicaciones que además, inevitablemente, se traducen en violencia. Lo malo no es que la Unión Soviética tenga un problema de nacionalidades que deriva de la propia sociedad y que, además, fue agravado en el pasado por las decisiones genocidas de Stalin, pero sobre todo que en el momento presente no tiene un procedimiento para resolver este tipo de conflictos. Incluso la autodeterminación, que supondría una modificación de la legitimidad del sistema soviético, tendría en el caso de la URSS un gravísimo problema de aplicación, dada

la convivencia de etnias y culturas diferentes en un mismo territorio y el diverso grado de modernización de esas sociedades. Pero, además, la autodeterminación supone la introducción de la soberanía popular y, por tanto, la modificación del principio esencial en que se basa el sistema político soviético.

Inevitablemente hay que volver a la política interna que es lo verdaderamente decisivo, porque una reforma económica sustancial está vinculada con ella y porque sólo si se produce una mutación significativa en el sistema político será verdaderamente posible una visión optimista acerca de la próxima evolución de las relaciones internacionales.

A este respecto lo primero que hay que decir es que la *Peres-troika* significa en el terreno de la política interna cosas distintas de la percepción que acerca de ellas se tiene en la opinión del Mundo Occidental. La *Perestroika* pretende desprenderse de las histerias del sistema, pero no hacer que éste se desvanezca. El papel dirigente del partido no ha cambiado y el motivo de haberlo introducido deriva no de que hayan cambiado los objetivos sustanciales del régimen político, sino de que no puede realizarlos de acuerdo con los procedimientos del pasado. El régimen puede adquirir ahora la perspectiva de un despotismo ilustrado, pero sigue siendo despotismo y Gorbachov, no es un liberal, sino un pragmático. Cualquier opinión, en el sentido de que el régimen soviético ha realizado ya una reforma que le convierte en una democracia o que va a hacerlo en un futuro próximo, es sencillamente una opinión inconsistente que tiene escasísimos argumentos a su favor; a este respecto la sinceridad de Gorbachov ha sido siempre meridiana y el contenido de sus afirmaciones resulta difícilmente discutible. Pero si no se le puede reprochar insinceridad a Gorbachov (en realidad la sinceridad no es propiamente una categoría política) lo que sí cabe atribuirle es una estrategia política variable en cuanto a los contenidos y con un objetivo final más que impreciso. La sensación que dan los dirigentes soviéticos es la carencia de hábitos y pautas mentales propias de un sistema democrático o de quienes quieren llegar a la confusión y de conducirse ellos mismos y a su pueblo a un camino de difícil salida. Hasta el momento, parece evidente que el verdadero enemigo para Gorbachov no es tanto la vuelta al estalinismo, sino los reformadores más radicales, pero la verdad es que si el sector más conservador y más retardatario no ha tenido un papel más relevante, ello deriva de la incapacidad para esbozar un programa conservador. Se comprende la actitud de los intelectuales liberales y progresistas: por un lado se sentirían deseosos de criticar a Gorbachov, pero al mismo tiempo consideran irrenunciable su obligación de ayudarle en el propósito reformista. Desde Occidente debiéramos tener especialmente en cuenta las repetidas llamadas de atención de quien representa principios semejantes a los del Mundo Occidental: una persona como Saja-rov, que viene advirtiendo de los peligros que atenazan al proceso reformista soviético.

Esos peligros son evidentes y pueden inducir a que la *Perestroika* concluya mal. Una afirmación como ésta debe ser inmediatamente explicada. El interrogante que plantea la situación actual

**PERESTROIK  
A Y MUNDO  
OCCIDENTAL**



del régimen soviético fue esbozado por Orwell en los años 40 y sigue teniendo perfecta vigencia: se trata sencillamente de hasta qué punto un régimen totalitario tiene un efecto irreversible o no sobre la naturaleza humana. En cierto sentido, nada volverá a ser igual después de la *Perestroika* pero, por el momento, Gorbachov ha tenido sobre todo el éxito de la fama más que el de la ejecución de su programa, en especial en los aspectos internos. En el momento actual presencia un declinar de su popularidad, quizá no tanto entre los sectores ilustrados y progresistas, que le consideran la mejor solución posible por el momento, como entre el ciudadano medio afectado por el mal aprovisionamiento. Sucede, además, que, incluso, si no hubiera problemas agobiantes de la economía soviética (y también en la política, derivados del nacionalismo), habría que tener en cuenta dos realidades que ha planteado, en un reciente artículo, Revel. En primer lugar, en última instancia, el problema de Gorbachov es que su régimen político no es reformable: Socialismo y mercado son incompatibles y democracia y partido único también lo son. Es imposible concebir fórmulas sintéticas que hagan viable el mercado con el socialismo y la democracia con el partido único, de tal manera que el comunismo no es reformable, sino que se convierte en democracia o retrocede, si no al estalinismo, sí, por lo menos, a un cierto empantanamiento como el de la época de Breznev. No hay un solo caso completo y concluido de reversibilidad de un sistema comunista, cosa que debiera hacer pensar a quienes son, en el mundo occidental, en exceso optimistas. En ese sentido hay que recordar lo recientemente sucedido en China. Es cierto que en un plazo corto de tiempo resulta en principio impensable que acontezca algo como lo sucedido en aquella nación del Extremo Oriente, pero es perfectamente previsible que tenga lugar si persiste la agitación nacionalista. Es también imaginable, de continuar las deficiencias en el aprovisionamiento, un empantanamiento como el descrito. Sencillamente, la introducción de elementos capitalistas en un régimen que no lo es o el incremento de la tolerancia en un sistema dictatorial no tiene unos resultados inmediatamente estabilizadores, como tampoco los tiene la modernización política, sino que más bien crea peligrosas inestabilidades que pueden dar lugar, inmediatamente o a más largo plazo, a contragolpes. Esa es la real perspectiva actual de la Unión Soviética, que no es tan optimista como la quieren ver algunos órganos de prensa occidentales. Estamos condenados, en los próximos meses y quizá años, a seguir teniendo a la URSS como protagonista de los titulares de prensa de los medios de comunicación de todo el mundo y no siempre con noticias positivas; y ello influirá decisivamente en la política mundial. Por un momento, piénsese hasta qué punto puede resultar grave para la estabilidad mundial un país con un gran ejército, políticamente decepcionado, con graves problemas de integración interna provocados por los nacionalistas y hambriento. Por eso, es difícil imaginar una postura más irresponsable que la de propugnar inmediatamente el puro y simple desarme de Occidente.